

Débora, y con él el resplandor que la rodeaba. No quedan ya de la radiante vision mas que un pálido reflejo, un eco apenas perceptible que huyen y desaparecen como el último fulgor del crepúsculo de la tarde, como el último suspiro de un moribundo.

Dorcas levantó sus brazos al cielo y quedó sumida en santo éstasis.

El corazon de Gedor era tan accesible á la alegría como á la tristeza : pero su alma piadosa se sometia sin murmurar á la voluntad del Eterno, recibiendo con igual gratitud las penas que la dicha. Embellecia su vida una adorada compañera ; sabiendo solo algunos íntimos y fieles amigos cuanto se amaban aquellos felices esposos y cual era la inefable bienaventuranza que á su puro y casto amor debian. Cuidándose poco de los bienes de la tierra tenian siempre fijo el pensamiento en la patria celestial, y objeto de sus conversaciones era frecuentemente aquel instante en que Dios habia de llamarles á su seno. Partir juntos á las incógnitas regiones era su mas ardiente deseo ; mas nunca se atrevieron á esperar una dicha con que rara vez favorece el cielo á los hijos de la tierra. A tí, desgraciado Gedor, te impuso el cielo la dolorosa obligacion de conducir á tu amada compañera hasta los límites del valle sombrío que separa al tiempo de la eternidad.

Postrada estaba la joven y dulce compañera de Gedor en el lecho de los padecimientos ; conocia aquel el estado de su amada y sin embargo esperaba, sabiendo que la divina misericordia suele aguardar á veces para manifestarse á que el peligro sea eminente y esté fuera de los límites del poder humano el evitarlo. La muerte empero, apresurando su rápido vuelo, iba acercándose cada vez mas hasta que al fin se mostró sin velo alguno... Alzaba la víctima, por la segur amenazada, sus húmedos ojos tan pronto hácia su amante como hácia el cielo. Nunca hasta entonces vió Gedor semejantes miradas. Nunca supuso que en los ojos de una simple mortal pudieron unirse tanta ternura, y tan dulces sentimientos á la sublime tranquilidad que procede de la íntima conviccion de la inmortalidad del alma.

« Voy á morir... voy á dejarte para pasar á un estado de tranquilidad que no tiene nombre. »

Eso dijo la moribunda á su esposo, prestando á sus palabras la espresion de la voz que las pronunciaba un poder irresistible. Llegó para Gedor el momento de sucumbir á la humana debilidad si el Salvador no le sostuviera : pero el Salvador le sostuvo... Sintióse el debil mortal arrebatado de la tierra. ; Vió abrirse las puertas del cielo para recibir á su amada Cidlia !... Miróla y en aquella mirada habia mas que tranquilidad, mas aun que di-



cha... Despues, apoyando su mano sobre la frente de la moribunda, la bendijo.

« Pasa desde esta morada de dolor á la vida eterna... parte en nombre del Señor Dios de Abraham;... parte en nombre del divino Redentor... hágase su voluntad; que toda es amor, toda misericordia. »

Y Cidlia respondió con el acento de una ilimitada confianza :

« Sí, sea de mí lo que su voluntad ordenare.... el Señor no quiere mas que el bien... »

Gedor, asiendo la mano de su esposa, dijo :

« Con la paciencia de un angel padeciste... Contigo ha sido el Dios de misericordia, que no te abandonará... Glorificado sea el divino Redentor; él te ha socorrido, él te socorrerá en adelante.... En sus manos te entrego... Si hasta aquí hubiera yo tenido la desdicha de no conocerle, en este instante á lo menos, hubiera aprendido á adorarle. Si Dios te lo permite, ó Cidlia mia, sé mi angel tutelar. »

Y sonriéndose dulcemente la joven esposa respondió :

« Tú has sido el mio en la tierra. »

Y Gedor repitió :

« Si Dios te lo permite, ó Cidlia mia, sé mi angel tutelar. »

« ¿Cual de ellos no se estimaria dichoso de ser tu custodio, ó Gedor mio? »

Y la amada del peregrino de Canaan, la madre que perdió la vida al dar á luz á su mas amado hijo, la dulce Raquel, se apareció á la cabecera de la moribunda pintándose en su rostro solemne alegría y tierna compasion. Cidlia, hasta que dobló la cerviz para recibir el golpe de la segur de la muerte, no vió á la celeste compañera que la esperaba para conducirla al mejor de los mundos; y entonces Cidlia y Raquel partieron juntas...

Faltánme las fuerzas para terminar tan dolorosa relacion.... Corred, abrasadoras lágrimas, cuya fuente no ha bastado á secar el tiempo : corred y evaporaos en los aires como se han evaporado las que os precedieron... Pero tú, himno solemne, que celebras al Redentor, canto, por tu causa y objeto inmortal; vuela y pasa triunfante por los escollos donde á estrellarse van las humanas glorias; transporta á las orillas del rio de la eternidad la corona que mis ojos bañan incesantemente y que mis manos tejieron con ramas del ciprés que sobre su tumba crece !...

<sup>1</sup> Recordaremos, para que nuestros lectores comprendan toda la ternura de este episodio, que los Alemanes no aciertan á leer sin lágrimas, lo que ya dijimos en la noticia que precede á esta traduccion, á saber que Klopstock se pone en escena á sí mismo y á su amada Margarita bajo los nombres de Gedor y Cidlia. — T. F.



A la sombra del Moria se levanta orgullosa una magnífica morada, cuya ruina será por lo mismo mas terrible en el terrible dia de la gran reunion de águilas y buitres<sup>4</sup>. Esteban se llama el hijo único del opulento dueño de aquel edificio. Graves pensamientos le preocupan siempre á pesar de su estremada juventud : pero si precoz maduró su espíritu, conserva en el corazon la ingenua candidez de la infancia ; y es el orgullo de su familia y la alegría de sus amigos. Buscando la soledad, ha subido á la azotea de su casa desde la cual contempla á la luna, que tranquila é imponente ilumina á Jerusalem invitando á las almas meditabundas, que aun no se han entregado á esa muerte de cada dia que llamamos sueño, á que en sus melancólicos rayos aspiren suaves y santas imaginaciones. Esteban, apoyando la cabeza en una de sus manos que cubren los flotantes rizos de su larga cabellera, medita en el misterioso destino del profeta que nació en Belen ; y mientras vaga su imaginacion en un laberinto, cuyas intrincadas sendas cada vez le parecen mas oscuras, aparécese súbitamente un extranjero tan bello y joven como él mismo, y cuyas ricas vestiduras exhalan los mas suaves perfumes de la Arabia. Poniéndose el aparecido delan-

<sup>4</sup> Alude á las profecias de Isaías y de Ezequiel, que predijeron la ruina de Jerusalem. — T. F.

te de Esteban, le dijo con indefinible sonrisa :

« No vengo á pedirte la hospitalidad, porque ya para mí cogieron agua en el mas cristalino de los manantiales, ya me prodigaron los mas preciosos perfumes, ya me sirvieron los mas esquisitos manjares... Permíteme que aquí á tu lado goce del encanto de esta deliciosa noche. »

« Bienvenido seas, amable peregrino, respondió Esteban, y contigo sea la paz que reina en esta morada.

« Gracias, Hijo único del mejor de los padres, y de la mas tierna de las madres,... vengo ¡ay de mí! de atravesar lejanas regiones : mucho he visto, mucho he padecido.

« Con vivo interés escucharé la relacion de tus infortunios : pero antes de todo dignate, noble extranjero, decirme si has oido hablar del profeta de Jerusalem...

« Sí, he oido hablar del Hombre-Dios, muerto para santificar la ley que ha venido á darnos, y que para dar mejor testimonio de esa misma ley acaba de salir vivo del seno de la tumba.

« ¡De sorpresa y de admiracion me llenas ! ¡Qué ! ¿Jesus ha muerto víctima de una ley mas santa que la que nos enseñó Moises ? »

« Permíteme, caro Esteban, que antes de responder te haga una pregunta : ¿Si estuvieses cierto, de que para redimir á la especie humana de la



eterna muerte, padeció en la cruz y resucitó Jesús, creerías que tu vida, tan feliz y tranquila, era demasiado preciosa para sacrificarla en defensa de una ley que asegura la salud del mundo? ¿Quieres vivir hasta que la mano de la naturaleza vaya inclinándose suavemente hacia la tierra tu cabeza encanecida por los años, ó te sientes con fuerzas para sacrificar al que por tí murió los venturosos días que el porvenir te promete?

« Lo que en tal caso haría Dios lo alcanza únicamente: yo solo sé lo que quisiera poder hacer, lo que deseo con todo el ardor de un alma apasionada.

« ¿Y qué es lo que así deseas, noble mancebo?

« No soy más que un pobre pecador, pero si se cumplieran los ardientes votos que forma mi alma, abriríanse á la vez todas mis venas, derramando hasta la última gota de la sangre que contienen para dar testimonio de la gloria y del poder de Jesús! »

« Escucha, dijo entusiasmado el extranjero: no ya para escitar tu ardor, sino para recompensarte, ó martir futuro, voy á referir la historia de Jedidoth, el más joven de los siete hermanos que murieron por no ser infieles á la ley del Eterno. En vano le ofreció Antioco riquezas y cuantos bienes ansian los mortales; en vano le espuso á la más peligrosa de las tentaciones encargando á su propia madre que le indujera á renegar del Dios de

sus abuelos: engañó la noble muger las esperanzas del tirano diciendo á su hijo: O tú, el más joven y el más amado de los siete heroes que he llevado en mis entrañas y alimentado á mis pechos, ten compasión de mí, no desoigas mis ardientes ruegos, alza tus ojos al cielo, fijalos en la tierra, y en todas partes verás la mano del Señor; él es quien todo lo ha creado, todo incluso el hombre. Ten piedad de mí, no desoigas mis ardientes ruegos y muere como supieron morir tus hermanos! Y Jedidoth, llamando á los verdugos, marchó al suplicio. »

Durante esta relación resplandecía el rostro del extranjero, y de sus ojos brotaban rayos de luz sobrenatural; temblaba Esteban y por sus mejillas corrían á su pesar abundantes lágrimas.

« Me complazco en tus lágrimas, noble mancebo, las cuento y las bendigo.

« ¡Las lágrimas de un pecador! » exclamó Esteban.

« ¡De un pecador que Cristo acaba de redimir, y á quien dará entrada en el santuario de los cielos! »

Desde la cima del Tabor contempla Jesús á entrambos, ve al joven Esteban, en quien se reflejan los argentados rayos de la luna; ve al extranjero resplandeciente con la gloria de los inmortales alejarse lentamente en la atmósfera. Hubiera Este-



ban sucumbido á su emoci3n, si el aparecido no le animara con estas palabras :

« Yo soy Jedidoth, que apiadándome de mi madre hice lo que ella me rogaba. A Dios: volveremos á encontrarnos en las regiones en donde los ángeles me han enseñado verdades sublimes. Mi madre es tambien la tuya, porque desde este momento eres mi hermano. Vuélvome á las regiones donde he aprendido todo lo que Jesus ha venido á enseñar en la tierra. »

Dijo y desapareció en las nubes.

Habia Bernabé José, Levita de la isla de Chipre, pasado á Jerusalem para celebrar la Pascua; y convidándole á ello lo templado de la noche, dejó su morada para ir á un campo que poseía á orillas del Jordan. Allí, con dulce y tranquila satisfacci3n, contemplaba los innumerables germenés, que el aliento de la primavera hacia brotar de la tierra, prometiendo una abundante cosecha, cuando Ananias y Safira, á quienes el deseo de ver las riquezas de sus campos trajo á la ribera, fueron á unirse con él. Poco tardaron los tres en llegar á la orilla del Cedron. La bella Safira sondea diferentes veces con su blanco báculo el pedregoso cauce, por donde el rápido torrente corre espumante y caprichoso, mas en fin pasándolo, siéntase sobre una peña de la opuesta orilla; á su lado lo hace tambien Ananias, y Bernabé se queda en pié frente á ellos.

Lejos estan de imaginar los dos esposos que se encuentran cerca de su futuro sepulcro, y que descansan en la misma piedra donde pronto vendrán á sentarse los aterrados mancebos, que depositarán sus cadaveres en aquel lugar solitario sin haberse atrevido á bendecirlos para el dia del juicio final<sup>1</sup>.

Cogió Safira una flor, y ofrecióse la sonriéndose á su marido quien pensaba solo en las espigas que aun no veía, calculando el valor de la futura cosecha. Tambien Bernabé pensaba en la época en que la hoz siega los tesoros de los campos, y su imaginaci3n le pintaba la inocente alegría de los segadores, cuando despues de un abrasado dia de trabajo viene la brisa de la noche á reanimar sus fuerzas, y, coronada la frente con las azules flores que á par de las doradas espigas crecen, van á olvidar sus fatigas á la sombra de los Olivos con animados bailes y armoniosos cantos.

A corta distancia de los esposos é invisibles para ellos se hallaban san Juan el Precursor y el profeta Elías. ¡Ay! si se hubieran dignado advertir á los infelices que la voz tonante del apostol de Cristo, aniquila á los mortales bastante pervertidos para mentir ante su Dios, acaso entonces... impenetrable es el velo que nos oculta los misterios de la Providencia; y no se alzar á hasta despues de pro-

<sup>1</sup> Véase la nota al canto IV, tomo I, p. 171. — T. F.



nunciada la última sentencia del juicio postrimero.

Juan el Precursor quiso aparecérselos, pero aconsejóle Elías que se ocupase solo en Bernabé, que miraba sin envidia abundantes cosechas al lado de su pedregoso y estéril campo.

« ¿Qué importa? dijo Juan el Precursor: futuros cristianos son Ananias y Safira, si su alma es menos pura que la de Bernabé, por lo mismo necesitan mas que él de ayuda y consejo. »

Y el profeta Elías respondió:

« Los he visto pesar en la balanza del Juez supremo y han sido hallados faltos... el favor que quieres concederles serviría solo para agravar el peso de su crimen.

« Procuremos á lo menos salvarlos por medio de alguna advertencia indirecta.

« Pues así lo quieres, hermano mio, dijo Elías, aparezcámonos, pero no sepan que somos de aquellos á quienes Cristo ha resucitado. »

Dijo y caminaron entrambos inmortales á Jerusalem.

No tardaron en regresar á Jerusalem Bernabé y los dos esposos, y cuando á la inmediación del templo pasaban, un ciego y un cojo imploraron la compasión de los tres. Dejóles el levita caer sobre las rodillas su modesta ofrenda, pero sin que ni su mano izquierda supiera lo que la derecha hacía. Mas cuantioso fué el don de Ananias, pero con os-

tentación y desden arrojó su limosna á los pies de los dos pobres.

« Ya ves, dijo el ciego al cojo, que ese hombre no es digno de ver la faz de un inmortal. »

Juan el Precursor, que era el supuesto cojo, calló un momento y después dijo:

« ¿Ante tí, caro Elías, fué pesado ese hombre? »

« Sí, hermano mio, y hé aquí lo que he visto: gran número de cristianos, reunidos en torno de Simon Pedro, le entregaban el precio de todos sus bienes que acababan de vender en provecho de la santa comunidad. Entre ellos se hallaban Bernabé y Ananias: el primero puso á los pies del apóstol cuanto poseía; mas el segundo se reservó una parte de los suyos declarando que entregaba la suma entera. Entonces Pedro le dijo: « Ananias, ¿porqué tentó Satanás tu corazón para que mintieses tú al Espíritu Santo, y defraudases del precio del campo? ¿No es verdad que conservándolo quedaba para tí y vendido lo tenías en tu poder? ¿Porqué pues pusiste en tu corazón esta cosa? Tú no mentiste á los hombres sino á Dios. » Ananias luego que oyó estas palabras cayó y espiró, y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. Y levantándose los mancebos lo retiraron, y llevándole lo enterraron<sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> Klopstock refiere en este pasaje la historia de Ananias y Safira



Poco despues se presentó Safira, é ignorante de lo que acababa de acontecerle á su marido, cometi6 la misma culpa y sufrió el mismo castigo que aquel. Llen6se de espanto la naciente Iglesia, pero tan terrible leccion produjo saludables frutos. Hé aquí lo que el Eterno me ha permitido ver en el porvenir. »

Bernabé, separándose de los dos esposos, se encamina á su morada, y Juan el Precursor se le acerca y le pregunta de donde viene :

« Vengo, respondi6 el levita, de admirar la abundante cosecha que promete el valle del Jordan, en el cual poseo un rincon de pedregosa tierra. »

Al pronunciar estas palabras entraba en el zaguan de su casa, donde sus hijos, graciosas criaturas, le recibieron con trasportes de alegría.

« Bendícelos, buen estrangero, dijo Bernabé presentando sus hijos á Juan el Precursor, que hasta allí le habia seguido.

Impuso el resucitado sus manos sobre las inocentes cabezas de los niños, y dijo en voz tierna :

con muy leves é insignificantes alteraciones, de la misma manera que se halla en el cap. V de los Hechos de los Ap6stoles; pero aun así me ha parecido mas conveniente copiar al pié de la letra, como en efecto lo he hecho, las palabras de S. Pedro y la muerte de Ananias, segun estan en los versiculos 3, 4, 5 y 6 de los citados libro y capitulo. Pues que la ocasion se presenta, diré, aprovechándola que de la misma manera he procedido siempre que en el discurso del poema se citan ó copian algunos pasages de los sagrados libros. — T. E.

« Tambien vosotros, amados niños, sereis un dia testigos del Señor. En cuanto á tí, Bernabé, tu campo producirá este año menos espigas y de peor calidad que nunca.

« ¡Como ! exclam6 el levita asustado. ¿Retirará el Eterno su bendicion de mí y de estas inocentes criaturas?

« No es tal la intencion de aquel que quiere conservarles á estos niños, mas que la vida de este mundo... porque inmensa es la parte que en sus bienes les destina. »

Mientras así decia resplandeci6 su rostro, y el levita lleno de sorpresa le miraba en silencio.

« Tú conoces, volvi6 á decir el resucitado, al profeta á cuyos pies escogi6 la hermana de Lázaro la *mejor parte*; tú conoces al profeta que resucit6 á Lázaro y á la hija de Jairo, y al huérfano de Naim... pues bien, ese gran profeta vivo sali6 de su tumba; y tú serás uno de sus testigos como lo soy yo desde el dia en que del cielo descendió sobre él, mientras yo le bautizaba, el Espíritu Santo; desde que la voz del padre me revel6 la divina mision del hijo... »

Arrastrado por su propia emocion mostr6se el santo Bautista en todo el esplendor de su inmortalidad; mas temiendo luego que no pudiera el levita soportar tanta gloria apart6se dejando en pos de sí un rastro de luminosos rayos, que señalando



su huella al través de las nubes, se debilitaron gradualmente hasta desaparecer en las sombras del crepúsculo de la tarde.

Y los niños clamaron ;

« Padre, mira como corre una estrella... ¿ Pero adonde está el extranjero que vino contigo ? »

Por quinta vez se aparece el sol en la region oriental del horizonte despues de la mañana en que iluminó la resurreccion del Salvador, y sus rayos ardientes y puros anuncian á la Judea un hermoso dia.

Agitada por los penosos ensueños que durante la noche la han atormentado, levántase Porcia del lecho y baja á su jardin para respirar las dulces exhalaciones de las flores que, á influjo de los primeros rayos del sol, abren sus embalsamados cálices.

« Otra vez vuelve la luz del dia á iluminar el universo: pero mi alma siempre está en tinieblas... ¡ O tú, que creaste el dia y la noche ! ¿ no te dignarás nunca revelarme tus misterios ? ¿ Me dejarás siempre incierta del destino de aquel muerto que salió de su cerrada tumba?... ¿ Estará todavía en la oscuridad cuando por última vez brille el sol sobre mi cabeza ? ¿ Y cuando tambien el sol haya desaparecido para mí en el mar de la eternidad, habrá ó no luz para mi espíritu?... Tiembla y du-

da el pueblo de Israel, á pesar de llamarse el pueblo de Dios, al aspecto del camino que á la muerte conduce, y por él apellidado temida senda del valle de las tinieblas : luego el temor y la duda avasallan á todas las criaturas de la tierra, ya las ilumine el Dios de Israel, ya las abandone á sí mismas... ¡ Oh ! no me abandones, Dios mio, y nada temeré, porque en medio del tempestuoso piélago de las dudas se levanta una roca incontrastable, que es la resignacion á la voluntad del autor del universo. En ella he hallado asilo mas de una vez : ¿ porqué pues en este momento nada alcanza á calmar la agitacion de mi alma ? Perfumes suaves de la primavera, málices bellos de las flores que á su influjo os desarrollais, regocijad mis sentidos... ¿ No ostenta la primavera todas sus galas hasta en torno de la peña en cuyas entrañas fué depositado el cadaver de *aquel* que acaso ya no yace entre los muertos ? ¿ Porqué no he de ir á visitar el vacío sepulcro ? Tal vez allí encontraré á alguno de sus amigos que se dignará hablarme de él y llorar conmigo. »

Y sin inquietarse de que el pasear tan de mañana pudiese parecer mal en persona de su categoría, salió de su palacio mandando á una de sus esclavas que la siguiese de lejos ; y á poco dejando atrás los muros de la ciudad, se encaminó hácia el Gólgota.



Raquel y Dia <sup>1</sup>, que sobre el sepulcro volaban, vieron acercarse á él á la noble Romana, y dijo la primera de las resucitadas á su dulce compañera :

« Hé aquí á nuestra futura hermana, que, en medio de los sombríos vapores de la tierra, lentamente se encamina á los cielos ; guiémosla. »

Y las dos inmortales tomaron inmediatamente la forma de dos jóvenes peregrinas de aquellas que de las islas del Archipiélago iban á celebrar la Pascua en la ciudad santa de Judea. Purpúreas cintas enlazan las trenzas de sus cabellos ; en las manos llevan ligeros bordones ; lento es su paso, gracioso su porte. Así, y aparentando ir absortas en santas meditaciones, pasaron al lado de Porcia quien, admirada de su belleza y apostura, les dijo estas palabras :

« Permittedme que os haga una pregunta : ¿es aquella tumba, que sin duda acabais de visitar, objeto de vuestras meditaciones? ¿conoceis al que en ella ha reposado durante tres dias?

« ¿Y qué te importa eso á tí? respondió Raquel. Tú no eres una de las hijas de Israel, no, que vie-

<sup>1</sup> Dia se llamaba una de las tres hijas que el Señor dió á Job cuando despues de haberlo abrumado con cuantas penas y trabajos son posibles en la vida, le bendijo con todas sus bendiciones. — T. F. — El texto dice Gémina, nombre que en la version española de la Biblia por el P. Scio se declara por la palabra Dia. — T. E.

nes del Capitolio, y eres miembro del soberano pueblo que habita en la ciudad de las siete colinas. Déjanos, orgullosa Romana, no te burles de nuestro dolor.

« ¿Yo burlarme?... ¡Caiga la ira del cielo sobre los que tanto osaren! En verdad, soy esposa del Pretor, mas aprended á conocerme : esa tumba abierta y vacía sagrada es á mis ojos. Dicennos que el Profeta que en ella estuvo sepultado ha sacudido las cadenas de la muerte : ¿habeis oido hablar de esa resurreccion? »

Y responde Dia :

« Ya veo que no eres lo que las demas matronas de tu pueblo y categoría ; y aunque aun adoras á los ídolos mereces que te hablemos en toda la simplicidad de nuestros corazones. Sí, sabemos que Jesus ha resucitado, y conocemos á la santa muger que primero que todos le ha visto.

« ¿Y permanece aun en este valle de los padecimientos, exclamó Porcia con gozosa sorpresa, ó la ha llamado á sí el Profeta?

« Magdalena vive aun, responde Raquel. Triste y desolada, recorría el sepulcro, al cual vino para adorar los helados restos de Jesus... ¿Cómo pintarte sus trasportes cuando súbitamente le vió ante sus ojos?... Abrazó sus pies, regándolos con lágrimas... recibió de él ciertos mandatos para comunicárselos á los demas fieles...